

OCHO Ó NUEVE NÚMEROS AL MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos. noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

MADRID: Tres meses 9 rs., seis 16, y un año 30. PROVINCIAS: Tres meses, 10 rs., seis 18, y un año 34.

DIRECCION.—Caños, 4, pral.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

EXTRANJERO: Tres meses 15 rs., seis 28, y un año 34. AMÉRICA: Seis meses 38, y un año 70. FILIPINAS: Seis meses 60, y un año 110.

ADMINISTRACION.—Caños, 4, bajo.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

CARTA AMISTOSA AL GOBIERNO.

Señor Gobierno:

Muy señor mio, de todo mi aprecio: Esta se dirige á decirle á V. cuatro cosas bien dichas, valiéndome de una carta particular y no de un periódico, para que no me la denuncie V. como podría denunciar aquel, que no he visto ningun otro mas acuson que V., y así Dios me perdona como que me duele ver que, habiendo V. usado y abusado de la prensa cuando el Gobierno era otro, ahora que el Gobierno es V. quiere tener á raya á los periódicos que se atreven á decir lo que á V. no le gusta.

Ha de saber V., señor Gobierno, que estoy muy descontento de V. y que, habiendo seguido paso á paso todos los de V. desde que tomó á su cargo el de dirigir la nave del Estado, he llegado á convencerme de que V. no sirve para el paso, y de que lo que hemos de adelantar con V. no será ni tanto así. Y no le digo á V. esto porque yo tengo interés en que V. baje para que suban los míos, porque los míos no mandan ni quieren mandar, ni pertenecen á partido alguno de esos que le hacen á V. la oposicion, primero porque V. da lugar á ello con sus desaciertos, y segundo, porque á ellos se les lleva el demonio viendo que no ocupan el poder,—que no sé qué encantos y ventajas tiene, pero deben ser muy grandes, cuando tanta gente, en vez de dedicar su ingenio á las ciencias, á las artes y á la industria, se dedica á hacer política ramplona, que ha venido á ser lo mismo que dedicarse á fastidiar al mundo entero.

Yo no le tengo á V. odio ni mala voluntad; así como tampoco odio á los moderados ni á los progresistas ni á los demócratas, aunque V. y ellos y todos merecerian que la gente pacífica y ajena á la política se cuadrara un dia y les pidiera estrecha cuenta de muchísimos males que han postrado á este país, tan fuerte y robusto en otro tiempo, y que tan buenas condiciones de vida tiene, si tuviera, si así puede decirse, buena higiene moral y política.

¿Quién le metió á V. á reformar la ley de imprenta?... ¿Quién diablos le aconsejó tratar con vengativo rigor á los escritores públicos?... ¿No conoce V. que V. ha de caer, como caen todos los Gobiernos, y que la prensa no ha de caer nunca? V. mismo, luego que deje el mando, usará de la prensa, y por medio de ella dirá al nuevo poder lo que crea conveniente, y es seguro que entonces romperá V. lanzas en pró de la libertad de la prensa, á la que hoy oprime. Si un gobierno absolutista oprimiera á la prensa, á fé que no me extrañaría, porque los hombres de este partido han dicho cien mil veces que les gustaria poner las peras á cuarto á la prensa, y serian consecuentes con sus principios y sus postres. Pero V., un gobierno tan echado para adelante, en apa-

riencia tan liberalote, como mi abuelo, por supuesto, tan amigo de la legalidad y la justicia, aunque no por su casa, tan constitucional y todo cuento, no debia seguir ese sistema, contrario á los principios que dice V. que tiene, aunque yo lo dudo, porque de esa manera lo que consigue es que todo el mundo le diga á V.—Eres turco y no te creo, y no sólo que se lo diga á V. ahora, sino que se lo diga despues, cuando haya otro Gobierno y V. quiera derribarle y volver á ocupar el puesto puesto que no se desea precisamente por el puesto sino por el presu.... Diga V., señor Gobierno, ¿por qué no se porta V. como un gobierno de empuje publicando una mañanita la supresion de todos los altos empleos inútiles y otras muchas cosas que no sirven más que de estorbo, y nivelando los presupuestos?... Esto es lo que hay que hacer, y no andar tomando dinero del Banco de España y de M. Fremy, y de otros Bancos, y tratando de poner una tienda, digo, un Banco nacional inglés, que al fin y al cabo, si por el pronto facilita á V. dinero para cumplir sus obligaciones, luego nos ha de salir á la cara y nos ha de costar un ojo de la idem....

No incurriré yo en las exageraciones propias de los que hacen la oposicion al Gobierno, no le diré á V. ninguna desvergüenza, porque nunca han sido razones las desvergüenzas; pero sí le diré una y cien veces que el público está cansado de V., sin que por esto no lo esté tambien de los demás, y que aquí vá á suceder algo, y Dios quiera que no suceda, si V. se empeña en seguir por el camino iniciado, camino seguido otras veces por otros Gobiernos, sin fruto alguno bueno para ellos ni para el país, y en cuyo ejemplo debiera V. haber aprendido, que ya no es V. ningun chiquillo, como que entre todos los ministros que le componen á V.—aunque está V. tan descompuesto,—suman seguramente más años que los que vivió el señor Noé, que sería un gran ministro en estos tiempos, por supuesto, con el arca, porque sin ella Noé no hubiera sido nunca más que un apreciable cosechero.

Mire V., señor Gobierno, ahora viene el buen tiempo, el de los baños: V. está muy sofocado, y le deben convenir grandemente; y como yo me intereso por V. mas de lo que piensa, le aconsejo que dejando el enojoso encargo de hacer nuestra felicidad, sin que nosotros se lo agradezcamos, presente V. su dimision fundándola en el malestado de su salud, que en efecto no es muy lisonjero, y se largue á descansar en la contemplacion de la naturaleza, lo cual, sobre ser muy cómodo es muy higiénico. Si fueran los ministros unos pobres como yo, no les aconsejaria eso, porque al fin y al cabo es cosa muy puesta en razon que cada cual quiera disfrutar todo el tiempo que pueda su buen sueldo; pero los ministros son ricos, tienen bien cubierto el riñon, y Dios se lo aumente, no el riñon, sino el dinero, y no les perjudica de ninguna de las maneras

dejar de cobrarlos 120,000 rs. y lo del coche, mucho más quedándoles para ayuda de costas, ó sea para alfileres para las señoras,—y V. dispense estos tres paras,—30,000 realitos al año, que no son de despreciar, y que yo les suprimiria de muy buena gana á todos los ministros habidos y por haber.

Vichy, Aguas buenas, Baden, Deva, Arechavaleta están esperando á VV. Allí va mucha gente buena, elegante, gente digna de alternar con ministros, hay muchas diversiones honestas, hay reposo y salud... No espere V. más, señor Gobierno, lie V. el petate, y déjenos aquí ocupados en arreglar la cosa pública, que si los que se encarguen de esto no lo hacen bien, lo que es peor que V. me parece que no lo han de hacer.

Y con esto no canso más: expresiones á Hoyos y á los ingleses, y V. mande, aunque ya sé que no manda V. cosa buena.

GALERIA DE MATRIMONIOS.

NOVENA PAREJA.

(Continuacion.)

La niña era muy linda, y lo hubiera sido mucho más si no hubiese tenido la maldita maña de comer yeso y beber vinagre para estar pálida.

Salió, hizo una profunda reverencia á don José, que la saludó con el embarazo consiguiente en un hombre que veia siempre á las mujeres con cierto supersticioso temor. Tomó asiento la niña cerca de su madre, y que le preguntó:

—Pero ¿qué hacías, niña, que no has salido cuando te he llamado?...

—Estaba allá dentro....

—Estarias leyendo.... No ha visto V. una muchacha que lea más que esta.... ¡Qué sé yo los libros que se lee cada mes!... En la guardilla vive uno que tiene puesto de libros en esa iglesia de la espalda, y se los presta.... Ella historias, ella novelas, ella de todo lo que le traen....

—Y nunca leeré bastante, mamá: la lectura es el alimento del espíritu.

—Efectivamente, señora, la lectura es una cosa.... una cosa.... en fin.... á mi tambien me gusta mucho leer....

—¿Conoce V. á Juan Jacobo?...

—No, señora; un condiscipulo tuve yo que se llamaba Jacobo Juan.... pero se murió de un avispero....

—Juan Jacobo es un gran filósofo.

—Sí, lo creo.... Pues señoras, yo venía..

—Ya te he dicho, Julia, este caballero es el dueño de esta casa....

—Muy señor mio....

—Ya te acuerdas de su papá, que nos queria tanto....

—¡Jesús! si no hubiera sido él el dueño de la casa, hace tiempo que le hubiéramos dejado el cuarto, porque mire V., sobre ser una casa vieja, llena de chinches y pulgas....

—¿Hay chinches?...

—Sí, señor, todas las noches tenemos aquí caceria, pero las malditas parece que salen dos vivas de cada una de las que matamos, digo, de las que mato yo, porque la niña no las mata....

—Yo no, yo no verteré nunca la sangre de un animalito....

—¡Valientes animalitos son los chinches!... Eso es porque no las sientas, que si las sientas como yo.... Pero estas muchachas tienen la sangre helada.... En

cambio á mí me arde, y en cuanto llega el tiempo de las chinchas, ya me tiene V. que ni desnuda, ni vestida, ni en pie, ni sentada, ni en la cama puedo parar.... Ahora mismo me está corriendo una por la espalda.

—Mamá, por Dios.... Delante de este caballero....
—¡Qué!... ¡No habrá visto chinchas en su vida este caballero!...

—Sí, señora, he visto muchas, y las veo todavía.

—¡Ay! ¿me ve V. alguna en la bata?
—No, señora, no.... Pues, como ya he tenido el honor de indicar á V., venia con objeto de...

—Si tiene V. prisa, no le detenemos á V.... Antes vendrá V. á la cocina á ver las goteras....

—Bien, pero antes, como están VV. en descubierta...
—¿En descubierta?... Caballero, extraño mucho que nos diga V. á nosotras eso.... Su papá de V., que esté en gloria, nunca nos dijo otro tanto, y eso que tenia franqueza con nosotras.... Aunque ahora nos ve V. así, no crea V. que siempre hemos sido lo que ahora, eso sí, siempre unas señoras, y en Madrid está el ministro de Marina, que mi esposo era primo suyo, y el general Mora, que fué padrino del primer niño que tuve, y la marquesa del Terciopelo, que sacó de pila á la niña...

—Pero señora....

—Pero mamá, el señor no ha dicho nada que....

—¡Calla, hija, calla! Demasiado sé yo lo que me digo....

—V. sabrá lo que dice, pero no sabe lo que dicen los demás. Lo que yo he dicho, señora, es que me debe V. tres meses, y este que va corriendo cuatro.

—¡Ah! ¡sí!... ahora lo quiere V. componer.... En fin, ya se ve que es V. un joven de los del día.

—Pero mamá, si el señor no....

—Calla tú, niña, que tú eres demasiado inocente.... No sé de qué te sirve leer tanto.... ¡Jesús! lo mismo que yo era mi esposo; en cuanto oía una palabra que no le sonaba bien, ya estaba aquel hombre fuera de sí, y no paraba hasta que exigía una satisfacción ó pegaba una buena guantada á cualquiera.

—Señora....

—No, no tenga V. miedo, yo soy una señora.—muchas veces quisiera ser hombre, y á las señoras, cuando se las ve solas, se las puede decir todo....

—Señora, me está V. insultando.

—Esa es la educación que ahora se da á los jóvenes.... ¡Ay! mil gracias tengo que dar á Dios porque esta hija que tengo sea mujer....

—Señora, yo no he visto nunca ninguna hija que sea hombre....

—No crea yo que su papá de V. le hubiese educado de esa manera.... él, que nos trataba con tanta consideración.

—Señora, me parece que yo no me he excedido....

—Tiene razon este caballero, mamá.

—¡Tú también!... ¡Jesús! ¡Jesús!... esto es lo que tiene estar sin marido. Bien es verdad que si yo tuviera mi esposo, no le conoceríamos á V., porque podríamos pagar un cuarto de diez ó doce mil reales, y no estaríamos metidas en esta zahurda.

—Bien barata le cuesta á V.... Por el precio que tiene este cuarto no habia V. de vivir en un palacio.

—¡Barato! Barato un cuarto en esta calle, por donde no pasan mas que tontos y tontas que vienen ahí á la Vicaría, á casarse para rabiar luego, un cuarto lleno de goteras, con la cocina con bovedillas, y que en cuanto es de noche empiezan á salir correderas, chinchas, pulgas y ratones, que todos los gatos que traemos se nos mueren arratonados....

—Entonces, múdese V.

—A mí no me gusta mudarme mas que de camisa.... No crea V., que tenemos cuartos mejores, si quisieramos, y muchos.... En las casas que ha hecho el marqués de la Gaita, podríamos tener un entresuelo, que nos lo ha ofrecido el mismo dueño, en el precio que quisieramos, y á pagar cuando nos diese la gana.

—Pues hacen VV. muy mal en no mudarse.

—No me gusta andar con los trastos arriba y abajo; y luego, como todo el mundo sabe que el marqués nos conoce, y tengo una hija, y hay tan malas lenguas, que si nos fuéramos á vivir á su casa, ya tendrían tela cortada para hablar y quitarnos la estimación.... A mí no me gusta que los caseros sean jóvenes....

—Pues yo no lo puedo remediar, señora.... En fin, V. me debe cuatro meses.

—Poco á poco.... Yo no debo nada á nadie.

—Perdone V., señora, papeles cantan.

—A mí no me venga V. con papeles.

—¿No reconoce V. la deuda?

—No, señor; yo no he pagado estos cuatro meses, pero no los debo.

—Señora, es muy curioso eso.

—Será lo que V. quiera, pero es la verdad. Hace cuatro meses que estoy pidiendo que nos quiten las goteras y los bichos, y hasta que me quita V. todo eso no pago....

—Yo creo que lo primero debia ser pagar corrientemente los alquileres.... Ese será un pretexto que V. ha tomado....

—Caballero, está V. hablando con una señora.

—Que no paga.

—Nadie se ha atrevido á decirme eso.

—A más se atreve V., que se atreve á no pagar.

—Quitenos V. las goteras.

—Pague V., y luego hablaremos de eso.

—Yo soy tan de fiar como V.

—Por eso mismo debe V. fiar en que yo le quitaré á V. las goteras.

—Parece que dice V. eso con un poco de retintín.

—Señora, V. es quien ha hablado de que tiene goteras.

—Caballero, hemos concluido.

—¿Sí?

—Sí, señor; me voy á mudar.... Si su papá de V. viviera, no aprobaria su proceder con una señora.

—Mi papá querria exactamente lo mismo que yo, cobrar los alquileres; para eso he venido aquí, y estoy hace una hora perdiendo el tiempo.

—A mí se me han de decir las cosas con buenos modos.

—Yo no creo haberme extralimitado.

—Sí, señor, que se ha propasado V., y mucho, diciéndonos, primero, que estamos en descubierta, y luego que tenemos goteras.... ¡Jesús! en mi vida he pasado un sofoco igual á este.... Hija, tráeme un vasito de agua con un poco de azahar.... allí está encima de la cómoda del gabinete.... ó si no en el cuarto de leones.

—Tiene V. leones en casa, señora?...

—Mamá llama el cuarto de leones al en que tenemos los vestidos, la ropa para planchar y la costura....

—Vamos, hija mía, tráeme lo que he pedido.... ¡no ves cómo estoy saltando?... Caballero, puede V. estar satisfecho.... En cuanto me dan una sofocacion me pongo como ve V.... y un día me dará una apoplejia....

—Señora, yo siento mucho la apoplejia de V., pero confiese V. que no he tenido la culpa.... No llore V., que la cosa no es para tanto....

—¡Ay! ¡Dios mío! no debia una estar viuda nunca....

—¡Válgame Dios! ya me daba esta mañana el corazon que hoy habia de tener algun disgusto.... ¡Ay! ¡ay! no veo.... no veo.... ¡Julia! ¡Julia!

Y la buena señora cayó desvanecida, al parecer, y don José no sabia qué hacer en aquel trance; pero apareció Julia con el vaso en la mano, y corrió á socorrer á su madre, que empezó á dar manotadas y puntapiés, y á reirse como una loca, apretando los dientes... don José tuvo que echar una mano ó las dos á la paciente para sujetarla, y sacó un mordisco en una de las suyas, como de un lobo, y la pechera de la camisa rasgada, y saltados los botones del chaleco.—Y mientras don José y la niña estaban ocupados en tan ruda faena, la segunda le decia:

—Dispense V., caballero, mi mamá tiene este carácter, que cualquier cosa le hace tanta impresion... yo no soy así, y desde que vi á V. conocí que era V. un caballero....

—Señorita, yo no creo haber dejado de usar la prudencia conveniente....

—¡Ay! ya lo he visto; pero ¿qué quiere V? mamá es así... ¡Ay! no sabe V. lo que yo paso aquí... No la suelte V., por Dios....

—Señorita, si me ha tirado un pellizco en el estómago....

—Con todo el mundo se pone así.... Así estamos aisladas... así no tenemos... ¡ay!...

Don José empezó á compadecerse de aquella pobre chica, que era, como ya se ha dicho, muy linda....

Poco despues, la señora gorda se calmó, y don José se despidió de la niña, pidiéndola mil perdones, y ésta le alargó la mano, estrechándosela lo mismo que si tambien tuviera una convulsion como la mamá, y lanzó un suspiro, que penetró hasta el corazon de don José.

—Pues señor, se dijo, al verse en la escalera, dos muchachas hay en esta casa que serán muy malas, pero es lástima, porque son muy bellas.

(Se continuará.)

LAS DESDICHAS DE UN INGLÉS.

(De Paul de Koch.)

Lord Boulingrog, despues de haber pasado parte de su vida en viajar, cazar, apostar y patinar, se resolvió á hacer alguna cosa mejor, presumiendo juiciosamente que un hombre que posee 30.000 libras de renta, y no pasa de cuarenta años, puede hallar otros gozes que los referidos.

Lord Boulingrog no era bello; era pequeño y muy gordo; de ojos redondos y casi tan rojizos como sus cabellos; sus grandes moletas caian sobre su corbata, y todo el conjunto de su fisonomia tenia cierta cosa de cómico, no obstante la seriedad nacional que conservaba habitualmente.

Sim embargo, bajo esta grotesca forma, lord Boulingrog ocultaba un corazon accesible al amor, no ese amor ligero que cambia á cada instante de idolo; era un sentimiento profundo, una verdadera pasion la que milord queria inspirar. No habiendo podido casarse en su patria el inglés, que siempre se habia inclinado á las francesas, fué á Paris con la esperanza de ser aquí mas afortunado.

Hacia ya tres meses que milord vivia en la capital de Francia, donde visitaba los teatros, los paseos, los cafes.... Pero gastaba mucho y se divertia poco, no habiendo aun encontrado su corazon sensible otro corazon que correspondiera al suyo.

Una noche, al volver despues de las doce á su habitacion, oyó gritos en una calle poco frecuentada. El inglés era animoso y se dirigió al sitio de donde venian las voces. Muy luego vió á una señora á quien dos hombres insultaban, y acelerando el paso, llegó en breve, y comenzó á dar puñetazos á los descomedidos, cuya conducta merecia, en efecto, correccion. Lord Boulingrog menudeaba de lo lindo, y en muy poco tiempo puso en fuga á sus adversarios.

Volvió entonces en busca de la dama, con el fin de ofrecerle el brazo cortesmente; pero la dama, aprovechando el momento del pugilato, habia procurado ponerse en cobro, avanzando hasta una bella casa, en cuya puerta llamó repetidas veces.—En el momento en que nuestro inglés llegaba cerca de la casa, la puerta cochera se abrió, y volvió á cerrar, dando paso á la dama, que dijo á su libertador:

—Muchas gracias.

Y el inglés quedó ante la puerta con que le habian dado en las narices, juzgando que el servicio que acababa de prestar á la desconocida, merecia algo más que aquella tan brusca despedida. Sin embargo, la disculpaba con la turbacion consiguiente al peligro que habia corrido.

Lord Boulingrog se dijo todo esto, contemplando siempre la casa de la desconocida.

El inglés hubiera querido verle siquiera la cara, pero no tuvo tiempo para ello: no sabia siquiera si era joven ó vieja: con todo, por la ligereza con que huyó durante

la lucha, juzgaba que debia estar en la flor de la edad. Esta aventura comenzó de una manera que picaba la curiosidad del inglés: encontrarse á media noche hecho el defensor de una desconocida, batirse por ella, todo esto empezaba como una novela de Ana Radcliff, de triste memoria, y nuestro inglés era muy aficionado á los *Misterios de Udolfo*.

Lord Boulingrog no pudo decidirse á alejarse de la casa en que entrara la desconocida. Los ingleses son muy contemplativos: hacia ya más de una hora que éste estaba en contemplacion ante la puerta cochera, que en verdad nada tenia de notable, y allí hubiera permanecido hasta el día, si una patrulla de la guardia nacional no hubiera ido á sacarlo de su preocupacion.

—¿Qué hace V. ahí? le preguntó el cabo acercándose al inglés.

Lord Boulingrog se expresaba dificilmente en francés, y no lo comprendia tampoco muy bien. Con esto hubo de tomar como una amenaza la pregunta del cabo, y viéndose rodeado de hombres armados, creyó serian compañeros de aquellos dos á quienes habia golpeado, que vendrian á vengar la vergonzosa derrota. Lord Boulingrog solo podia pretender ya á abrirse paso por medio de aquella gente, y con este intento empezó á repartir puñetazos á derecha é izquierda, gritando:

—¡Ah! ¡By! ¡God! ¡Vosotros atacar mi por espalda! ¡Vosotros estar dose contro uno mi. ¡Ladrones! ¡Asesinos! ¡Socorro!

Y el inglés continuaba sacudiendo á la patrulla, á la vez que pedia socorro, y no sin dificultad se pudo al fin prender y hacerle comprender que era la patrulla la que lo prendia.

Entonces dijo el inglés:

—Y si vosotros ser patrulla, ¿por qué prender á mi, que ser hombre de bien?

El cabo contestó con otra pregunta:

—Y si V. es hombre de bien, ¿por qué está á las dos de la madrugada delante de esa puerta cochera?

—Porque agrada eso á mi.

—Pues eso no agrada á nosotros. Ea, sígame V. al cuerpo de guardia.

—Mí no querrer corpo de guardia; querrer puerta cochera.

—V. vendrá donde yo mande.

—Mí no ser hombre de mal: mí ser Lord Boulingrog. ¡Mocho cuidado con mico!

—Nosotros no sabemos si es V. mico, loro ó otro pájaro; lo que sabemos es que andan por aquí muchos bribones, que hacen perfectamente el papel de inglés. Además, V. ha maltratado á la fuerza pública, y tiene V. que dar cuenta de su desacato. Conque vamos andando.

—Mí no querrer andando; mí querrer aquí parado.

La guardia no contestó ya al inglés, sino obligándole á andar un poco rudamente. Lord Boulingrog estaba furioso, pero le era preciso ceder, y se dejó conducir, llegando al cuerpo de guardia en un estado de exasperacion dificil de creer.

Mientras que el cabo dió parte de lo ocurrido al comandante del puesto, el inglés, procurando reponerse un poco, se sentó sobre un tambor, cuya piel estalló al peso de aquel quedando el desdichado metido en la caja hasta el nivel de las rodillas.

La guardia ciudadana no pudo resistir á la tentacion de risa, y la cólera de lord Boulingrog llegó al colmo, viéndose objeto de burla de la soldadesca. Al mismo tiempo hacia inútiles esfuerzos por salir de la caja, diciendo á voces:

—¡Esto es escandaloso, espantoso, horroroso! ¡Francés prender extranjero y meterlo en un tonel! ¡Y aun very angry contra vosotros. Ayudarme á salir de aquí y daros mochos cachetes.

En efecto, compadecido de él un tamborcillo, logró ponerlo en pie; y no bien se halló libre el malhumorado inglés, cuando entró en accion contra la guardia á puñetazos, como habia ofrecido. Fué preciso entonces meterlo en el calabozo, donde el ilustré lord tuvo que pasar la noche.

Despues de gritar y golpear en la puerta y en las paredes sin obtener la apeteci la libertad, lord Boulingrog acabó por dormirse á pierna suelta. Era el partido más prudente, pero no siempre se toma al principio este partido.

El sueño es como el tiempo, que calma y aun hace olvidar las penas: Así que lord Boulingrog se sintió un poco avergonzado al hallarse por la mañana en el cuerpo de guardia, y conoció que habia hecho mal en pugnar con la patrulla. Por eso cuando el comandante del puesto le pidió sus papeles, lord Boulingrog se los presentó del modo más sumiso.

El oficial se cercioró de quien era el arrestado, y pasando por alto sus arrebatos de la noche, lo dejó ir en libertad.

Muy luego olvidó el inglés el cuerpo de guardia, y de todas las aventuras de la noche anterior, solo guardó un recuerdo en la memoria: la desconocida á quien habia salvado. Este recuerdo era bastante vago, porque la dama le dió desde lejos las gracias por el favor, y le dió con la puerta en las narices; pero para un espíritu novelasco, la vaguedad tiene tambien su mérito. Cuando solo se ha visto el cuerpo de una mujer, cuando no se conoce de ella no más que su ligereza en correr y una voz dulce, se puede facilmente suplir el resto, una cara angelical, y todas esas otras gracias que cautivan el corazon. Mécese uno en ilusiones que puede llevar muy lejos: lo positivo tiene menos encanto, porque no deja nada que hacer á la imaginacion.

Al salir del cuerpo de guardia lord Boulingrog, se dirigió hácia la calle donde le habia ocurrido la aventura nocturna, logrando hallarla facilmente, porque en general, los extranjeros conocen mejor á Paris que los parisenses mismos. Tampoco le fue dificil reconocer la casa en que entrara su desconocida, pues buen tiempo y cuidado tuvo la noche anterior el inglés de contar los pisos, las ventanas, y hasta los linderos de la casa.

La puerta cochera estaba abierta.

El inglés entró y se dirigió al portero con toda la seguridad y confianza de quien lleva los bolsillos llenos

de oro; no hay nada como el oro para dar todo lo que uno quiere tener.

Pero por una casualidad, muy rara en París, el portero de esta casa era un veterano del imperio, honrado militar inválido, que profesaba odio profundo a los ingleses, desde que su antiguo general muriera en Santa Elena.

A las primeras palabras del lord, Mr. Bataillard, que así se llamaba el inválido, conoció ya con quien se las había, y desde luego hizo un gesto bastante pronunciado, arañándose luego su pierna de palo con la mano derecha, mientras con la izquierda se acariciaba los bigotes, coquetería que debe permitirsele a un inválido. Era la costumbre de Mr. Bataillard cuando estaba de buen ó mal humor.

—Señor suizo, dijo lord Boulingrog metiendo la mitad de su gran individuo en el aposento del portero.

—Yo no soy suizo, contestó el viejo Bataillard casi encolerizado; soy francés, y con mucha honra.

—Mi no querer impedir que sea francés; mi querer decir con suizo....

—Me parece, sin embargo, que yo no tengo aire de suizo.

—¡Oh! ciertamente; pero con suizo mi querer decir....

—¿Tengo yo acaso acento extranjero?

—¡Ah! ciertamente nó; mas mi querer decir con suizo....

—Ea, déjese V. de tonterías y vamos al grano. ¿Qué diablos quiere V. en esta casa?

—Ya lo hubiera dicho si V. no interrumpir. Mi querer saber.... querer informarme....

Y esto diciendo lord Boulingrog, sacó de su bolsillo una moneda de oro, que puso en la mano del veterano. Este no llevaba su odio a los ingleses hasta el extremo de detestar sus guineas; al contrario, juzgaba que era mejor tomar dinero de los enemigos que de los amigos.

—Anoche, prosiguió el inglés, muy tarde ya, mi defender a una dama que habitar en esta casa. Mi dar mochos cachetes a dos insolentes que insultar a ella, y ella mientras correr aquí y cerrar pronto dándome las mochas grasias. Ahora bien, mi querer saber quién ser la encantadora que me hace pensar mocho en ella y suspirar más mocho por ella.

—¡Ah! sí; ya sería más de media noche cuando entró.

—Yes.

—Ya sé quién es la señora.

Y el inválido se frotaba las manos sonriendo malignamente.

—Ser una jóven muy bella, ¿eh?

—En efecto, es jóven.... En lo de bella.... en fin, no deja de serlo en su género.

—¡Oh! ¡By god! Lo habria apostado. Y ¿qué hacer esa bella jóven? ¿Tener familia?

—Vive sola y no recibe a nadie en su casa. Verdad es que nadie tampoco viene a verla. Su principal ocupacion es cantar: al parecer es muy aficionada a la música.

—¡Oh! es música. ¡Mi tambien! Y ¿en qué piso vivir?

—En el tercero, con dos ventanas en frente del hotel de ahí al lado.

—¿Hay un hotel ahí al lado?

—Ciertamente.

—¿Ser confortable?

—No comprendo: tenga la bondad de hablar más claro.

Lord Boulingrog le dió otra moneda de oro, y volvió a preguntar:

—¿Ser confortable?

—¡Vaya si es! contestó el inválido.

—¿Y el nombre de milady.... if you please?

—Su nombre?

—Yes.

—¿El nombre de la que canta todo el día?

—Yes.

—Pues ya le dije a V. que era una.... milady.

—Mi querer saber el nombre.

—Acaso fuera una indiscrecion por mi parte y....

Lord Boulingrog sacó otra moneda de oro, y se la puso en la mano al portero, el cual contestó entonces:

—Pues... se llama... madama Chika.

—¿Lady Chique?

—Chika.

—Bien, muy bien, amico mio, mi estar muy contento. Adios.

Y el inglés se alejó, mientras que el veterano murmuraba.

—¡Qué infeliz! Pagó y fué preciso servirlo; pero lleva al fin gato por liebre.

El primer cuidado en lord Boulingrog al salir de casa del inválido, fué ir a alojarse en el hotel inmediato.

En efecto; fué a él y dijo a la dueña:

—Madama, mi querer acomodarme aquí.

—Es muy facil, milord.

—Mi querer tersero piso.

—Los aposentos del principal son mucho mejores, milord.

—Mi querer tersero piso, carramba.

—Está bien, milord.

—Mi pagar como principal. Mi querer enfrente de aquella casa.

—No puede ser, milord.

—Por qué no poder ser?

—Porque el único aposento del tercero que da a aquella casa, está ocupado ya por un español.

—Pondrá V. al español en cualquier parte, porque mi querer absolutamente su habitacion.

—Pero milord....

—Mi pagar todo lo que V. querer.

—En ese caso, veré si puedo hallar un pretexto para el español.

—Yes. Aléjelo V. en un pretexto.

—Ya se arreglará todo en su obsequio, milord.

Y lord Boulingrog se retiró frotándose las manos.

Algunas horas despues estaba ya instalado en el hotel, en frente de la casa de su desconocida, cuyas

ventanas estaban al mismo nivel de las suyas, y habia hecho que le llevaran un enorme tambor con sus palillos, lo que no dejó de sorprender a los dueños del hotel; pero como pagaba sin hacer gasto ninguno, se dijeron:

—Si este rico inglés es aficionado a la música, que toque todo cuanto quiera: el tambor es un instrumento como cualquiera otro.

Lord Boulingrog pasó toda la mañana del día siguiente en la ventana de su aposento esperando la aparicion de su desconocida; pero su esperanza fué defraudada, porque la bella no apareció: entonces aplicó el oído y permaneció inmóvil algunas horas, esperando oír la dulce voz de la filarmónica.

Al oscurecer llegaron por fin a su oído algunos sonos: era Madama Chika, que cantaba el *Petit Blanc*, acompañándose con una guitarra.

Al instante tomó el inglés su tambor y aumentó el acompañamiento, redoblando al mismo compás de la voz, y solo cuando su vecina cesó de cantar dejó milord sus palillos.

Este singular modo de llamar la atencion de la bella desconocida, tenia para el inglés cierta novedad que seducia su imaginacion.

Por espacio de ocho dias estuvo en expectativa, y cuando la desconocida se ponía a cantar, tomaba él sus palillos y redoblaba, siguiendo el mismo compás, y cuidando hacerlo con la mayor delicadeza, para no cubrir la voz cantante.

Al cabo de este tiempo volvió a ver a su amigo Bataillard.

—Amigo mio, le dijo, ya he hecho conocimiento con la jóven del tercero piso.

—¿La ha visto V. ya? dijo el inválido con cierta sorpresa.

—Todavía nó, pero siempre que se pone a cantar, la acompaño yo con mi tambor, y de este modo entretengo con ella una especie de conversacion.

—¿Cómo así? ¿Es V. acaso quien está rompiendo el parche toda la mañana? preguntó riendo el veterano.

—Yes, contestó seriamente el inglés.

—Pues nó lo hace V. mal. Y ha conseguido su objeto, porque Madama Chika lo conoce ya, es decir, ha hablado más de una vez del tamborilero.

—¿Ha hablado de mí?

—Sin duda.

—¡Oh! ¡Esto es delicioso! Bien sabia yo que habia de ser eficaz mi invencion música. ¿Y qué dice de mí la bella jóven, if you please?

—Estas palabras, sin que yo les quite ni les ponga: Quisiera tener cerca al animal que tamborilea, por tener el gusto de romperle el tambor y los palillos en las narices.

La cara del inglés se prolongó un poco.

—¡Ah! exclamó luego. ¡Llamar a mi animal! y romper tambor y palitos en narices! ¡Oh! Es duro.... ¡mocho duro! Sin embargo, mi querer todavía hacer conocimiento con ella. Emplearé ahora otro medio, y V., amico, no hablar más del tamborero.

Y lord Boulingrog fué a comprar un clarinete.

En su juventud habia aprendido a tocar este instrumento, y creia saber aun lo necesario para acompañar a su vecina.

Desde el día siguiente el inglés comenzó a estudiar el aire del *Petit Blanc*, soplando con toda la fuerza de sus pulmones, y abriendo ántes todas las ventanas para que su vecina lo oyera.

Despues de haber tocado algun tiempo, milord se ponía en la ventana, esperando que su misteriosa dama se asomara tambien a la suya; pero jamás le daba gusto Madama Chika.

Ocho dias se pasaron en este ejercicio, despues de los cuales volvió el inglés a ver a Bataillard.

—Mi poder presentar ahora mis respetos a milady Chika; mi acompañarla todos los dias con clarinete.

—¿Cómo así? ¿Es V. el que berrea con el clarinete todo el día de Dios?

—Yes.

—Voto va al diablo!

—¿Oirme milady Chika?

—Era menester que estuviera sorda enteramente para no oirlo.

—Y hablar de mí?

—Sin duda.

—¡Oh! ¡delicioso! ¿Y qué decir?

—Decir: Más quisiera criar cien gansos en mi habitacion, que estar oyendo esa cigarra continuamente.

—¡Ah! exclamó el inglés. Ser todavía duro. Sin embargo, mi querer presentar mis respetos a milady Chika. Volvéré.

Y se alejó a paso largo, buscando en su cabeza otro medio para cautivar más agradablemente la atencion de su vecina.

Despues de haber reflexionado mucho tiempo, el inglés, que no sabia tocar más instrumentos que el clarinete y el tambor, y que queria absolutamente agrandar a su vecina la música, se dió una palmada en la frente, dió una carcajada y exclamó:

—¡Ah! Esta vez estoy seguro de que mi bella desconocida me ha de encontrar armonioso. Voy, pues, a comprar uno de esos instrumentos que tocan por las calles, dando vueltas a un manubrio. Así, no hay duda que tocaré perfectamente sin necesidad de previo estudio.

Y esto diciendo, se dió a recorrer las calles de París, hasta que encontró un tocador de organillo.

—Mi querer comprar tu musica.

—Estoy a sus órdenes, señor.

Y el organillo se dispuso a darle música, tocando un registro de su caja.

—¿Cuánto costar? preguntó el inglés.

—Seis sueldos, señor.

—Ser poco.

—En ese caso, déme V. lo que sea su voluntad.

—Lo justo.

—Lo justo es seis sueldos por cada tocata.

—Mi no querer tocata; querer todo el organillo.

—¡Ah! Eso es otra cosa.

—Yes.

—Pero el organillo no se vende.

—Mi querer.

—Yo no quiero.

—¿Por qué razon?

—Porque es mi hacienda, señor; con esto me busco yo la vida.

—Comprar tú otro mejor. Mi darle mocho dinero, todo el que tú querer. Y ahora mismo. Mira....

—¿Oro?

—Yes.

Como el oro allana todas las dificultades, el organillero consintió al instante, vendiéndole su caja de música y aun su misma persona, si el inglés hubiera querido comprársela. Pero lord Boulingrog no necesitaba al tocador más que para que le llevase el organillo a la fonda, servicio que aquel le prestó con mil amores.

Los fondistas no extrañaron ya ver llegar a milord con otro instrumento de música, pues ya se iban acostumbrando a sus excentricidades y juzgaban tambien que este nuevo instrumento no dudaria más que los otros.

Ya está el organillo colocado en el aposento del inglés, quien pasa horas enteras dándole al manubrio, y produciendo una ruidosa música, monótona, aunque varia, por la repeticion de la tanda: la overtura de la *Caravana*, la overtura de *Juan Enrique*, y algunos trozos más, tan nuevos como estos, unidos en un círculo vicioso.

Esta vez nuestro enamorado creyó haber conseguido su objeto. Quince dias se habian pasado sin que oyera cantar a su vecina, silencio que le hizo presumir que preferia estar oyéndolo.

Con esta creencia, fué por vez tercera a ver a su inválido amigo, el cual se echó a reír al verlo.

—Ahora, amigo mio, dijo lord Boulingrog, ahora mi tener derecho a la amistad de la bella Chika. Mi comprar un organillo, y tocarlo perfectamente.

—¿Cómo así? ¿Es V. el que toca el organillo desde por la mañana hasta por la noche?

—Yes.

—¿Voto a tall?

—¿Oirme mocho V?

—Como que he tenido que ponerme algodones en los oídos para oirlo un poco menos.

—Y milady Chika, oirme tambien?

—¿Quien lo duda?

—¿Y oír mi música con satisfaccion?

—Con tanta satisfaccion la ha oído, que se ha ido a otra parte con la suya.

—Mi no entender.

—Digo que hace cuatro dias que se fué, sin duda por lo que le gustaba el organillo.

—¡Ah! ¿Pero qué decir de mí?

—Ese miserable me va a dejar sorda! ¡No es ya posible vivir aquí! ¿Qué no le diera el cólera-morbo-asíatico!...

—¿Estar duro!

—Y la fiebre amarilla...

—¿Mocho duro!

—Y otras pestes por el estilo. Hasta que, hoy hace cuatro dias, partió de aquí con resolucion de salir de París y de Francia, por no oír más el tambor, ni el clarinete, ni el organillo.

Lord Boulingrog suspiró profundamente.

Despues preguntó:

—Y ¿a dónde ir milady Chika?

—Segun me dijo, se dirige al Havre, desde donde se embarcará hácia la Guadalupe, en busca de unos amigos que tiene, al parecer, en aquel país.

Lord Boulingrod permaneció estupefacto; por espacio de diez minutos no encontró una palabra para expresar lo que sentia. Al cabo de este tiempo, asíó fuertemente del brazo a su amigo Bataillard, y dándole otra moneda de oro, le dijo:

—¿Está V. seguro de que milady Chika ha partido para el Havre?

—Y tan seguro, contestó el portero. Como que yo mismo he acompañado su equipaje a la diligencia, dejándole el encargo de dirigirle las cartas que aquí vengan a la fonda de París.

—Muy bien. Corro tras ella a pedirla perdon por mi ruidosa música, y a poner a sus piés mi corazon.

Y en efecto, aquella misma noche salia lord Boulingrog en posta para el Havre, adonde se hallaba al siguiente día.

Directamente se fué a la fonda de París, donde preguntó por la señora de sus pensamientos.

—Aun llega V. a tiempo, si le urge verla, le contestó el fondista. Esa señora queria ir a Guadalupe, y habiendo encontrado un barco que se hace hoy a la vela con aquel rumbo, está ya a bordo esperando viento fresco.

—¡Ah! ¡God! exclamó el inglés. Mi querer seguir a todas partes a mi desconocida. Iré a Guadalupe y a Pekin, si es preciso.

Y esto diciendo lord Boulingrog, corrió al puerto, se informó de que aun no habia levado el barco, y pagando más de lo que le pidieron, se encontró al fin en el barco, en la misma habitacion, digámolo así, del objeto de su pasion.

Al instante preguntó por milady Chika, y los marineros le indicaron su camarote, solapando la risa que les retozaba en el cuerpo.

Lord Boulingrog entró adonde se le indicara, y viendo una gallarda señora, vuelta de espaldas, corrió a ella y se postro de hinojos para pedirla perdon por su música de organillo, de clarinete y de tambor, y para ofrecerle tambien su mano y su fortuna.

La gallarda señora se volvió entonces.

El inglés quedó petrificado.

Milady Chika era una negra y además... vieja.

Cuando el inglés volvió de su estupor, el barco habia perdido ya de vista el puerto, y el desdichado milord tuvo que ir a Guadalupe.

Con este chasco, juró que esta seria su última aventura amorosa, y en efecto, desde entonces renunció solemnemente al matrimonio.

MELLENDEZ VALDÉS.

He aquí cómo *Le Mesager du Midi*, periódico de Montpellier, da cuenta en su número del 27 de Abril de la exhumación de los restos del insigne poeta español Melendez Valdés, que pronto estarán en España.

«Anteayer por la mañana tuvo lugar en Montpellier, en el cementerio del Hospital general, la exhumación de los restos de Melendez Valdés, que el Gobierno español ha reclamado para hacer á aquel insigne poeta los honores debidos á una de las glorias de la moderna poesía.

El dulce cantor de *Rosaura*, el poeta puro y elegante de la *Caída de Isabel*, el autor de aquellas elegantes cartas en que, según la expresión de un crítico francés, el Aristarco más rígido no encontraría más que una perfección admirable, nació en 1754 en Rivera de Extremadura.

Las eminentes cualidades que habrían bastado á salvar su nombre del olvido, la ciencia profunda del jurisconsulto, el juicio seguro del magistrado, entraban como en segunda línea en el carácter de Melendez, desapareciendo al esplendente brillo de su talento de poeta.

Por desgracia, su alma, que solo podía vivir en las serenas regiones de lo ideal, y no en medio del tumulto y agitación del mundo, se dejó arrastrar por el ímpetu de la tempestad que estalló en España á principios de este siglo. Melendez puso su planta en el deslizado terreno de la política, fatal por lo común al genio, y muy luego ángel caído, pero no manchado, vino á expiar en el destierro su ineptitud en las ambiciosas luchas del mundo.

Montpellier no era para él enteramente el destierro; era todavía España por las tradiciones y las simpatías. No obstante, el 21 de Mayo de 1817, el ilustre proscrito exhaló su último suspiro en el pueblo de Montferrier. Sus restos mortales fueron después transportados al cementerio del Hospital general, desde donde, después de medio siglo, van á ser trasladados al país natal.

Ya las cenizas de Moratin y de Donoso Cortés habían sido reivindicadas por España, cuando el sobrino de Melendez reclamó el mismo honor para su ilustre pariente en una elocuente petición, á la cual se asociaron los senadores y diputados presentes en Madrid.

Y en virtud de un real decreto expedido sobre esta petición, don Manuel Llorente, jefe de secretaría en el Ministerio del Interior (al que acompañaba en su doble cualidad de sacerdote y pariente del difunto, don Aniceto Terron y Melendez, doctor en derecho canónico y civil), recibió la misión especial de proceder á la traslación de las cenizas de Melendez.

Esta es la primera parte de la ceremonia que hacia ayer brillar el uniforme de un alto funcionario español bajo las modestas bóvedas de la capilla del Hospital general.

El señor Villalonga, vice-cónsul de España en esta ciudad, acompañaba á los delegados de su Gobierno. Todos los españoles residentes en Montpellier, y muchos de nuestros conciudadanos, tuvieron á honor tributar con su asistencia un homenaje de respeto y distinción á una gloria que no pertenece exclusivamente á España.

Después de la misa, celebrada por don Aniceto Terron, don Manuel Llorente dió las gracias á los asistentes en un breve y sentido discurso, y muy luego el féretro de Melendez se dirigía hácia Madrid, donde será recibido con excepcionales honras.

Hasta que se ponga en ejecución el proyecto de panteón que ha de consagrarse á los grandes hombres de España, el mismo monumento erigido á expensas del Estado abrigará las cenizas del dulce y tierno Melendez, del satírico Moratin, del profundo y piadoso pensador Donoso Cortés.»

CASCABELES.

Es proverbial la indiferencia con que el capitán de un buque americano mira siempre á sus pasajeros.

Uno de estos arrojados marinos llevaba hacia mucho tiempo un vapor tan estropeado, que ya merecía ser dado de baja.

—¡Hombre! le dijo un día un pasajero, mire V. en qué deplorable estado se halla la caldera del buque... ¿Hasta cuándo la va V. á tener así?

—¡Hombre! hasta que reviente, contestó el yankee con su calma habitual.

Un maestro de escuela daba azotes á un muchacho, y le decía:

—No creas que te castigo por mi gusto.

—Pues ¿por gusto de quién?... le preguntó el muchacho.

Receta para hacer que se pase un año en un momento.

Firmar un pagaré á 365 días fecha. El año se pasará antes de lo que quisiera el firmante del documento.

¿Quién es el hombre que viviría más en el mundo? El que pudiera verdaderamente matar el tiempo.

Ya se ha votado definitivamente la reforma de la ley de imprenta.

Muchas gracias, caballeros.

Cuando á los que la han imaginado y á los que la han votado se les aplique esa ley, entonces se tirarán de las orejas y se darán á todos los demonios.

Felicitemos á nuestro amigo García Gutierrez por la señalada distinción que ha merecido del partido progresista, y á este partido le felicitamos también, porque cuenta entre sus mejores aliados al ilustre poeta.

Como aquí los Gobiernos no premian el genio, ni les importa tres pitos el arte dramático, tienen los que no son Gobierno que suplir esta falta.

Charadita.

Con la cuarta y segunda voy por los mares, como las dos primeras van por el aire.

Y esto es tan cierto, como tercia y segunda guarda secretos.

Busca mujer que sea tercera y cuarta, porque segunda y tercia pronto se pasa.

Este consejo te le da prima y cuarta, mujer de peso.

Segunda y cuarta, todos, todos tenemos, y los pobres dementes más que los cuerdos.

Y en los sembrados, prima, segunda y cuarta verdea en Mayo.

El todo es una fruta muy agradable, que las mujeres venden por esas calles.

Y es cosa cierta, que en todas estaciones puedes comerla.

La parlera *Correspondencia* dice que en el Casino se ha acordado observar uno de los artículos de su Reglamento, que prohíbe todo juego de azar y embite.

¡Bien hecho! Mucho dure la enmienda. De manera que en el Reglamento ha habido siempre un articulito que prohibía el juego, solo que no se observaba. Lo mismo sucede con las leyes en España; las hay, pero no se observan.

Gereoglífico del número anterior.

De los colores la grana, y las frutas la manzana.

La señora *Media luna*, nuestra apreciable colaboradora, nos puso con su carta anterior en un compromiso, toda vez que dijo que á uno de los toros lidiados en la 4.ª corrida se le había dado muerte con la *media luna*. Se conoce que a señora *Media luna* estaba pensando en su esposo cuando escribió tal desatino, que ha producido el disgusto consiguiente al diestro á quien tocó matar aquel toro, en quien no se empleó la *media luna*, porque sabido es que cuando se emplea la *media luna* para desjarretar al bicho, es porque el espada no ha podido acabar con él. Veremos á ver lo que dice *Media luna* en la próxima carta. Y no nos vuelva V. á comprometer, abusando de nuestra inocencia en cosas de toros.

Recomendamos con toda eficacia al lector el periódico de higiene titulado *El Custodio de la salud*, cuyo número 13 se acaba de repartir.

Se suscribe en esta Administración.

Charadita del número anterior.

Ya no puedo con la bula y aun no pude ser casada, y estoy tan desesperada como una paciente mula en una noria empleada.

Don José Antonio Orraca nos remite las siguientes líneas:

«La guirnalda que el día 2 de Mayo colocaron los artistas en el antiguo parque de artillería, calle de Velarde, adornada de banderas con los colores nacionales y el lema *Los artistas. Recuerdo español*, simboliza lo siguiente:

Los pensamientos, la unidad de ideas en el pueblo español; la orla verde, la esperanza; las lilas, el juramento de vencer ó morir de Luis Daoiz; las siemprevivas, la memoria eterna de aquellos héroes, y el retrato representa al inmortal Velarde.»

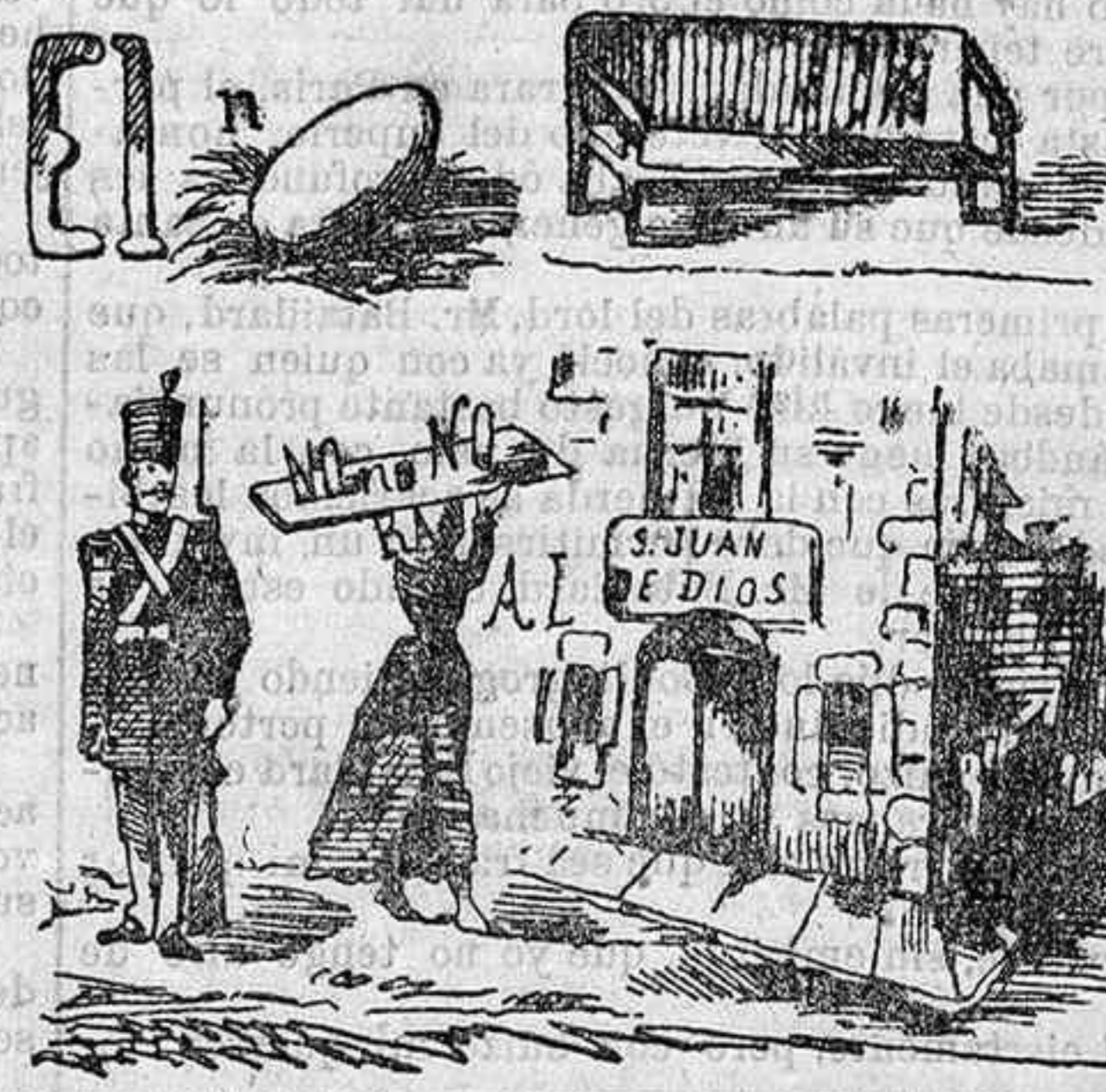
COMUNICADO.

Señor Director de *El Cascabel*: Muy señor nuestro: para que el público sepa cómo cumplen ciertas compañías de crédito sus obligaciones, le rogamos se sirva insertar estas líneas y comentarlas si le place, lo que agradecerán S. S. S. Q. S. M. B.—Ricardo Girón.—Blas Lopez.

La compañía *Crédito territorial Español*, hace más de un año que tiene suspendido el pago de todas sus obligaciones; por consiguiente, según el código de comercio, se halla en estado de quiebra. Pero lo extraño y anómalo es, señor Director, que el de dicha compañía haya seguido en todo ese tiempo cobrando los créditos que á su favor tiene la compañía; y no se concibe que cobrando como ha cobrado de muchos, y además negociado papel de la Compañía en cambio de metálico, diga que no tiene dinero y tenga sin pagar cerca de nueve meses el sueldo que nos adeuda, en concepto de oficial y portero, que respectivamente hemos sido en su oficina, habiéndonos visto obligados por ello á demandarle ante los Tribunales, por ser esta deuda el único recurso con que contamos para nuestra subsistencia, de la que nos priva, por cierto, con su extraño comportamiento.

Madrid 17 Abril 1866.

GEROGLÍFICO.



ANUNCIOS.

Poesías de don Rafael Serrano Alcazar.—Un tomo 8.º mayor. Se vende á 10 rs en Madrid en las principales librerías.

Se alquila una bonita casa recién construida, en el próximo pueblo de Valdemoro, con muebles ó sin ellos. Consta de planta baja y principal, y está próxima á la estación del ferro-carril. Informaran calle de la Montera, núm. 18, tienda de Martinez.

Se vende una carretela de doble suspensión, un coche y una berlina clarens. Calle de Hernan Cortés, núm. 2, cochera.

Vinos Medos de la Rioja, Alabesa y Castellana. Son frescos, ligeros, abren el apetito, y tienen todas las demás cualidades más apreciables del buen Burdeos; por esto y por su completa pureza no tienen rival como vinos de pasto, especialmente para las personas de vida sedentaria ó salud delicada. El superior de Alava (de 4 años) 6 rs. botella; el de Castilla (de 4 años) 5 rs., y Clarete (de 2 años) 4 rs. Se abona un real por casco. Bodega Riojana de D. G. Torrecilla, Carrera de San Gerónimo, 11. Hay otros vinos selectos, y también licores, nacionales y extranjeros, á precios fijos muy arreglados.

Música para piano.—20,000 sonatas bailables, arregladas para piano. Se venden á medio real cada una en toda España, remitiéndolo en sellos de franqueo á don Francisco Ripalda, Constitución, 34, Pamplona. Al que tome de 25 ejemplares en adelante, se le hará la rebaja del 20 por 100.

Parato verdadero.—Gran surtido de lanillas, última novedad, listadas, brochadas, tejidas y estampadas, de 2 1/2, 3, 3 1/2 y 4 rs. Indianas, 1.ª, á 2 1/2 y 3. Peralinas á 2 y 2 1/2. Brillantinas y percales franceses de color, á 3 1/2 y 4. Madapolán y percal blanco, á 2 1/2, 3, 3 1/2 y 4.

Pañolería de Crespon y de Manila, bordados, lisos y estampados de todas clases y colores. Postas, 32, al lado del portal de la Virgen.

Sombreros de copa, gran rebaja.—Los superiores 60 rs., 1.ª clase, 40 rs. 2.ª clase, 40 rs. Jacometrezo, 32, casa de Rica.

Interesante para las señoras.—Acaba de recibirse el completo surtido de tamaños de los elegantes y recomendados *corsees higiénicos* (cintura regente y corsees á la emperatriz), en la Palma, comercio de sedas, calle del Príncipe, núm. 11.

Nota: en la misma casa se ha establecido el despacho central del aceite de bellotas.

Gran surtido de silleras de muelles.—Las hay desde 29 duros en adelante; butacas de gutta-percha á 115 rs.; giratorios para despacho á 140 rs.; marquessas á 260; y sillones de señora los hay de varios precios; también se hacen composturas. Único depósito en Madrid, Madera, 3.

A gastar poco y vestir bien.—Lanas rayadas y cuadritos, última novedad, desde 2 1/2 rs. hasta 5; mozaambiques desde 1 1/2 hasta 4 1/2; todas ellas de superior calidad. Cortinones bordados y punto cruz á 50 rs.—Postas, 13, esquina á la de San Cristóbal.

Interes para contener tres clases de tinta. á 40 rs.

Estos son los más útiles para toda casa de comercio ó oficinas que usen más de uno. Carpetas para encuadernar cartas, factura, letra y toda clase de documentos, á 9 rs.

Nuevo surtido de las plumas de oro y punta de diamante, cuya duración, por término medio, es de tres á cuatro años, á 20 rs.; 1,000 cortes de plumas de acero, desde 5 rs. caja, hasta 34.

Carretas, 3, almacén de papel de G. Gonzalez Rodriguez.

Por lo contenido en este número.

F. Peromagna.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1866.—Imprenta de *El Cascabel*, A CARO DE M. BERNARDINO, calle de los Caños, número 4, bajo.